



Seix Barral

Ricardo Sumalavia

Croac

y el nuevo fin del mundo



Croac y el nuevo fin del mundo

Ricardo Sumalavia
Croac y el nuevo
fin del mundo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

Croac y el nuevo fin del mundo

© 2022, Ricardo Sumalavia

Retrato de autor: Kathy Serrano

Corrección de estilo: Sue Ellen Gora Prado

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Diagramación de interiores: Susana Tejada López

Ilustración de portada: Isaac Sumalavia

Ilustraciones de interiores: Andrea Sumalavia

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: septiembre 2022

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-65-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2022-07082

Impreso en Aníbal Paredes Editor S. A. C.

Jr. Dávalos Lissón N.º 135, of. 201, Cercado de Lima

Lima – Perú, septiembre 2022

Para Kathy, con un inmenso croac.

*Una rosa en el florero,
otra rosa en el cuadro
y otra más todavía en mi pensamiento.*

*¿Cómo hacer un ramo
con esas tres rosas?
¿O cómo hacer una sola rosa
con las tres?*

*Una rosa en la vida.
Otra en la muerte.
Y otra más todavía.*

ROBERTO JUARROZ

Intervención al poema de Juarroz:

rosa → rana

*Una rana en el florero,
otra rana en el cuadro
y otra más todavía en mi pensamiento.*

*¿Cómo hacer un ramo
con esas tres ranas?
¿O cómo hacer una sola rana
con las tres?*

*Una rana en la vida.
Otra en la muerte.
Y otra más todavía.*

En la vida

1

La rana llegó de la calle muy sofocado a causa del traje y la corbata que llevaba puestos. A medida que avanzaba se los fue quitando y los lanzaba por toda la casa. Mi abuela lo vio y se hizo la desentendida. A cada brinco la rana daba de resoplidos. Cuando llegó al jardín ya se encontraba desnudo. Se lo notaba malhumorado. Se puso frente a mí y me dijo: «Croac». Era muy claro lo que expresaba. No era un «croac» que hablara de apareamientos o anuncios de lluvias. Era esto:

—Es humillante lo que tu abuela me obliga a hacer. Siempre tengo que ser yo quien vaya a esas oficinas odiosas. ¿Por qué no vas tú, ah? Y ella me obliga a ir vestido de esta manera. Dice que me da seriedad, que así doy buena impresión. Humillante. No me hacen caso. Ni me miran. Ni a mí ni al resto de los que hacemos esas largas filas. Y cuando llegó mi turno fue lo peor. Hice un gran esfuerzo por serenarme y explicarle a la señorita de la ventanilla la razón de mi trámite y, antes de que yo dijera algo, la mujer abrió la boca y su lengua se desenrolló y la punta vino a dar directo en mi ojo. Fue asqueroso. No podía despegármela. Y la lengua de esta mujer tiró de mí para absorberme.

Por fortuna, los que estaban en la fila me sujetaron con fuerza e impidieron que me tragara. Bueno, ayudaron mucho las tijeras que una hormiga en traje de novia traía en su bolso. «Para venir aquí hay que estar preparados para todo», me gritó la hormiga mientras era detenida por unos guardias de vigilancia y después, llevada a rastras hasta desaparecerla detrás de una puerta. Dime la verdad, ¿crees que yo merezco esto?, ¿crees que yo he nacido para merecer esto? Mejor no digas nada. No abras la boca. Se te puede desenrollar la lengua.

2

La rana estaba algo aburrido.

—¿Quieres contarme algo? —le pregunté.

«Croac», me respondió. Lo que quería decir:

—Ando aburrido. No hay más ranas en este enorme jardín. La culpa es de tu abuela. Aquí antes había otra rana. Nos amábamos con locura. Estábamos comprometidos y habíamos hecho muchos planes: familia, viajes. Tanto por hacer juntos. Y a tu abuela, joven e indolente como era, eso le importó tres pepinos. Se apareció un día diciéndonos que debía preparar un brebaje para poder tener hijos sanos y que solo le faltaba un ingrediente: ojos de rana. «No nos hagas esto», le dije a tu abuela. Ella ni se inmutó. «Bueno, si tienes que hacerlo, al menos sácame un ojo a mí». Tu abuela me indicó con los dedos que necesitaba dos ojos de rana. «Entonces sácame un ojo a mí y otro a ella. Podremos ser tuertos y felices». Mi rana amada estuvo de acuerdo, pero no tu abuela. A todo esto, ¿te consideras un hombre sano?

3

Cuando cesó de llover, salí al jardín de la abuela llevando una taza de café recién preparado. La rana estaba al borde de la pileta.

«Croac», me dijo sin más. Lo que significaba:

—Bajo esta lluvia recordé cuando en mi otra vida fui soldado. No vayas a imaginarme como un hombre que fue soldado. No. En mi otra vida también fui rana. Una rana-soldado. Estábamos en una misión nocturna, en plena selva. Era el peor momento de la guerra entre las ranas del Sur y las ranas del Norte. Una guerra que duró décadas. Mis compañeros y yo estábamos asustados. Sabíamos que ellos conocían mejor que nosotros esta selva. Ellos nos observaban. Nosotros solo sabíamos que estaban cerca. Y llovía cada vez más. Y el miedo crecía. De repente se inició el cruce de balas. Creo que abrimos fuego con el fin de que algo sucediera de una vez. No sé cuánto tiempo pasó ni cuánto disparé. Solo me vi apuntando, entre ojo y ojo, a una rana enemiga, a una rana clandestina tan aterrada como lo estaba yo. Yo sabía lo que tenía que hacer en ese caso. Me lo habían enseñado en esta guerra. Me disponía a apretar el gatillo, y en ese instante —que no es instante ni nada— dejé

de llover y se coló un haz de luz en esa selva espesa. Y la luz cayó sobre la cara de la rana enemiga. Esa cara aterrada era la mía propia. Y sonó un disparo. Porque en ese instante, que no es nada, también fue silencio, un silencio quebrado por el ruido de una bala. Bala que vino no sé de dónde, la bala del destino, bala que en ese instante que no es nada reventó mi cabeza y lo único que dejó fue la cara aterrada de la rana enemiga. ¿Te he contado que en otra vida fui monje budista?